

CIENTÍFICO JOAQUÍN LUCO VALENZUELA

"Me Gusta Reírme de Mí Mismo"

Entrevista de Jorge Abasolo Aravena

Es de aquellos escasos hombres que se atreven a ser ellos mismos, cuando via experimenta apatía que agobia a cualquier ser humano hasta llevarlo muchas veces a la desesperación y que se llama "inercia".

El doctor Joaquín Lucó, Premio Nacional de Ciencias 1975, se recibió de médico pero nunca ejerció la profesión, dedicándose a la investigación en el campo de la fisiología durante la década del treinta, en los laboratorios de la Universidad Católica. Ha sido maestro de científicos chilenos y de muchas generaciones.

Lucó es un virtuoso. De los pocos personajes a los que en Chile se les puede titular de loco, y aún así, respetado con la mayor de las devociones. No necesita explícitamente para poseerlos que se está ante un hombre "más allá del bien y del mal", pareciendo a Nietzsche.

Ataludado, imprevisible, viejo joven con arrugas de sabio loco, genial, exuberante, simpático, profundo, escéptico, bonachón, vital, juicioso, irreverente, hiperintelecto, gracioso hasta decir basta y super creativo.

Si una vida de esos palotes basta para definir al insubordinado Joaquín Lucó Valenzuela, médico, investigador, Premio Nacional de Ciencias 1975 es todo eso... y mucho más. Hay que conocerlo, observarlo, admirarlo.

No le gusta para nada que hablen de sus títulos. Se dio el lujo de cumplir el medio siglo dedicado a la investigación y enseñanza de neurofisiología en la Universidad Católica. En el mismo Lucó que ha trabajado en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos; el que ha obtenido becas del nivel de la Guggenheim; el que tiene decenas de trabajos publicados en prestigiosas revistas científicas de todo el mundo. Es mismo el que la prensa ya no sabe como calificar, por cuanto se acabaron los epítetos que podrían definir una personalidad definida.

Le resulta difícil permanecer mucho rato sin hacer un chiste y lanzar su sonoro ¡AAAAAjaajajaja! que se escucha hasta en la casa de los vecinos. Se ríe con todo el cuerpo, este Lucó. Y es que de tradicional no tiene nada. Es el mismo que en los pasillos del Laboratorio de Neurofisiología de la Universidad Católica daba besos sonoros a las enfermeras, "porque tienen que pagar peaje, ja ja ja".

El mismo que en un viaje al sur en tren se fue cargando y descargando maltrata "y hasta recibí propina". El que ha cantado en las micros y se ha ofrecido en la Vega para llevarle las botas a las dueñas de casa. El mismo que declara que su antepasado Ramón Barros Lucó fue el "poor Presidente de Chile, pero nos dejó sólo una cosa magnífica: el sandwich". Y así, los anécdotas de Lucó son interminables. Aunque dice que por desgracia, no ha podido acordarse cuando nació, cuenta que lo parieron en una noche de luna. Como había tenido sólo cuatro mujeres antes, mi padre abió muy contento una botella de champán apenas me vio la cecita.

¿Está en buena pié la ciencia en Chile?

«Sí, yo diría que sí. La ciencia biológica, que es a la que me dedica yo, ha marchado más o menos bien. Luego vienen otras cosas distintas, también relacionadas con la ciencia... pero, en fin, haciendo un balance le diría que andamos bien. Fíjese que yo empecé a trabajar en ciencia cuando no había ni un cinco porcientaje».

¿Por qué decidió quedarse en Chile, teniendo tantas oportunidades fuera del país?

«Por qué me quedé en Chile... (reflexiona) Sí... tuve la ocasión de trabajar en otros países, es cierto. Hubo ofertas en Estados Unidos... bastante buenas.

Pero... es una cosa muy extraña la que sucede, algo que no se define bien, como el amor... en fin, algo hay acá que no encuentro allá. ¿me entiende? Es una cosa así, media revuelta... pero claro, habría sido más fácil para mí trabajar allá por las posibilidades que ofrecen los laboratorios de un país gigantesco como los Estados Unidos. Pero la huella que dejamos aquí los que nos iniciamos en este mundo fascinante de la investigación creo que vale más que todo lo otro.

Es decir, no se trata aquí de valores científicos, sino de valores humanos. Luego de haber estudiado tanto el sistema nervioso y de realizar tantas investigaciones en torno a la mente humana, ¿piensa usted que en las condiciones actuales un individuo puede aumentar su inteligencia?

«(reflexiona profundamente)... No, no veo por dónde... ¿aumentar la inteligencia? No... creo que no. Mejor aplicarla, tal vez. Creo que la inteligencia se tiene o no se tiene. Pero definitivamente no creo que se pueda aumentar. Otra cosa es la expresión de la inteligencia... un individuo que tiene facilidades para hablar o para escribir pueden aumentar esas capacidades. Eso sí se puede hacer. Pero aumentar la inteligencia es muy difícil.



Consecuencias del desarrollo

¿No piensa usted que la ciencia y el desarrollo han derivado en el aumento de la angustia del ser humano?

«(Reflexiona)... No creo que las ciencias ni las artes puedan afectar al ser humano en ese sentido. Es claro que si nos ponemos a teorizar en ese sentido y consideramos todo lo negativo de la incidencia de la ciencia en el ser humano, jamás la humanidad progresaría. Hay permitido al pensar así. Y yo creo que es el optimismo el que logra el avance. La ciencia necesita del optimismo. Y yo soy optimista, como usted puede ver».

¿En qué medida el optimismo le ha ayudado en la vida?

«Bueno... A enfrentarme, es más si me voy. Siempre enfrenté los desafíos de la ciencia con optimismo. Ahora, si todo esto lo hubiese hecho con pesimismo no habría conseguido nada. Entraría derrotado. Es como aquel tipo que sube al ring a sabiendo que el rival es muy superior. Una posición pesimista ante la vida es absurda».

«Ahora, luego de tantos años de investigación, ¿qué es para usted la vida? (Reflexiona profundamente)... ni

antes ni después, diría yo. ¿Usted ha vivido, no?

«Por supuesto... Usted sabe lo que es la vida, entonces. Ahora, si usted no me la puede definir, no me la puede precisar, ese es otro problema... ja ja ja ja... difícil la cosa ¿no?».

«Bueno, Shakespeare decía que el hombre es lo que es más lo que puede ser. ¿Qué piensa de ello?».

«A ver, a ver... el hombre es lo que es, más lo que puede ser... humano... pero hay todo un proceso evolutivo ahí, pues... incluso de vivencias personales. No es lo mismo computar a un chiquillo de diez años que uno de veinticinco. Habrá siempre uno que no ha podido evolucionar lo suficiente, por lo tanto, creo que eso de Shakespeare es muy relativo también».

«Ahora, ¿as concepto de la vida difiere del que tiene el común de la gente?».

«Y cuál es el común de la gente? ¡ja ja ja ja ja!».

«Pero, ¿usted se siente un tipo de inteligencia superior?».

«No, no, no. Inteligencia no. Lo que puedo decir es que he utilizado para algo mi inteligencia. Tal vez la he encasillado más o menos atinadamente. O he tenido buena suerte, si usted quiere».

¿La usted en tipo religioso?

«No... Más bien agnóstico».

«Humm, quien sabe... en parte... es muy difícil establecer eso también... no es nada fácil. Es que no quiero entrar en ese tema... no quiero tener problemas con mi familia. (Sonríe y luego reflexiona)».

«No... es que no quiero hablar de este tema porque no es mi intención herir a nadie. Además, mi mujer es muy

religiosa, y entonces no gano nada con establecer una tensión».

¿Puede la vida ser un accidente biológico, como han llegado a sostener algunos?

«Bueno, es una tesis que no comparto. Una tesis bastante tonta, pero respetable como todas las tesis. Pero no creo de ninguna manera que todo esto sea una casualidad. Y por otra parte tendríamos que entrar a definir lo que es casualidad. ¿Ve usted? En este tipo de temas también nos encontramos con un problema de lenguaje».

Me refiero a que todo esto no existiría de acuerdo a un plan elaborado, sino sería fruto del azar».

«Ah, ya... en ese sentido, ya. Bueno... pero, ¿sabe? Comienza siendo una tesis y nada más. Puede ser buena o mala. Puede que me guste o no me guste. Y si me gusta la trabajo intensamente, la profundizo... de lo contrario, la dejo. Pero debemos tener presente que ante este tipo de cosas sólo podemos trabajar con tesis».

«Se puede definir la inteligencia, señor Lucó?».

«Es que habría que tener una gran inte-



ligencia para definir la inteligencia, y eso no se ha dado... ja ja ja ja ja. ¿qué le parece?

«¿Cree en la parapsicología?».

«Yo creo en pocas cosas... creo es muy pocas».

«¿Y cómo es tan feliz? Usted desborda felicidad por los poros...».

«Y lo paso mal también, pues, ja ja ja ja ja (estalla en una carcajada estrepitosa, muy ruidosa)».

«Doctor, en confianza... ¿usted conoce la vanidad?».

«¿Qué es eso, vanidad?».

«Saberse inteligente... que lo busquen en los diarios, en la Televisión, en revistas».

«Bueno, eso también es relativo. Usted ha buscado gente para entrevistarlo y la ha encontrado. Eso puede ser vanidad. Como también ha sido a parte la que yo he tenido haciendo mis investigaciones. También hay gente que ha conseguido lo suyo en las artes, en las letras, en la poesía, etc. Luego, después de lograr su objetivo, usted tiene derecho a sentirse satisfecho. Y yo le pregunto: ¿es vanidad eso? Diría que no, fíjese. Es más bien una gran satisfacción porque las cosas hayan dado resultado. Mi más ni menos».

¿Qué actitud humana le saca de quicio?

«(Reflexiona)... La falta de sinceridad y de franqueza. Eso me vuelve loco. Si esos requisitos están ausentes, la conversación puede haber».

«¿Y qué virtud más noble ha encontrado usted en una persona?».

«¡Pechá! Un burlón de una chiquilla buena mora... ¡Aahh, jajajajaja!».

¿Se ha considerado filósofo alguna vez?

«Filósofo? A ver... ¿qué es filósofo?».

«Montaigne decía que filósofo es un hombre que duda».

«Entonces, si pues... me conviene decir que sí... (sonríe)».

La duda siempre es positiva. Quien no duda no ve las cosas desde un sentido profundo. Dudar es reforzar la mente y eso siempre será muy positivo, desde luego».

Consecuencias de la ciencia.

«Nos hemos alejado de Dios en esa sociedad tan competitiva?».

«Ahora, tal vez. Y creo que antes se pensaba menos que ahora. Por lo menos en los medios en que yo viví. Hablo por mi experiencia personal. Puede que usted tenga razón. Hoy día siento que se toma más en serio la inseguridad, lo cual no es malo».

Y de acuerdo a su experiencia, ¿es la ira una descarga hormonal?».

«Es una reacción del sistema nervioso más que hormonal... aunque ambas van a pararse. Pero la ira no es un accidente, no más. Es algo mucho más complejo».

¿Y cómo pasa usted sus momentos de rabia?».

«Ahora me es mucho más fácil, porque ya no tengo sangre, ja, ja, ja ja ja ja...».

"Me gusta reírme de mí mismo" [artículo] Jorge Abasolo Aravena.

AUTORÍA

Luco Valenzuela, Joaquín, 1913-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Me gusta reírme de mí mismo" [artículo] Jorge Abasolo Aravena. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile